

gastar el hombre *todo* su tiempo y trabajo en los *medios*, dejando el fin, así también lo es el de algunos, que más usan del entendimiento que de la voluntad, y más parece que están allí estudiando para predicar, que meditando para orar, y para aficionarse á las cosas de Dios».

Y concluye el V. P. Granada «No dieron los ángeles, cuando el Señor nació, paz á los hombres de *buen* entendimiento sino á los de *buena voluntad* (Lucae, 2); en cuya reformation está nuestra santificación; pues, muchas veces vemos que se halla buen entendimiento sin buena voluntad; mas nunca se halla buena voluntad sin *sano* entendimiento.» (P. Granada, tratado 6.º De la Oración mental, párrafo II.)

ARTÍCULO IX

NO OBSTANTE LO EXPUESTO EN EL ARTÍCULO ANTERIOR
ES CONVENIENTÍSIMO Y NECESARIO
MEDITAR É IR DESPACIO EN LAS CONSIDERACIONES:
NO SE DEBE PASAR SUPERFICIALMENTE SOBRE
LOS PUNTOS DE LA MEDITACIÓN

La razón del enunciado es que, humanamente y de ordinario, de la luz y grado de inteligencia brota la intensidad del movimiento de la voluntad; y cuanto más seentienda una verdad, más se ama: á los grados del entendimiento corresponden los grados de la voluntad y la voluntad no puede amar lo que no conoce: «ignoti nulla cupido.» Más aprovecha, dice el P. Rodríguez, un misterio bien considerado, que muchos superficialmente mirados.

Por esto, S. Ignacio de Loyola, recomienda tanto las repeticiones de las meditaciones, porque lo que no se halla la primera vez, insistiendo otra vez y reiterando y á fuerza de mirar y remirar, de escarbar la tierra, se halla la piedra preciosa, y á fuerza de llamar abren; y por esto dijo Jesucristo: «Quia qui quaerit, invenit, et pulsanti aperietur» (1).

(1) Matth. XII, 8.

Moisés dió con la vara en la piedra, y no sacó agua; pero, lleno de fe y humildad, dió otro golpe, y sacó agua: «cumque elevasset Moyses manum, percutiens virga *bis* silicem, egressae sunt aquae largissimae; ita ut populus biberet et jumenta» (1).

Jesucristo no curó al ciego de una vez, sino que fué curándole poco á poco: primero, le echó saliva en sus ojos y preguntóle si veía algo. Unos bultos, contesta, pues, no diviso bien aún los objetos; los *hombres le parecían árboles*: «Video homines velut arbores ambulantes.» (Marc. VIII, 24). Tornó Jesucristo á poner las manos sobre sus ojos, y sanóle del todo y entonces vió clara y distintamente.

Sucede en la meditación como cuando uno entra en un aposento oscuro, en que, al principio nada ve, después algo ya divisa, y si se detiene, examina y distingue todo: entonces solamente puede amar ó aborrecer los objetos allí existentes.

Al primer golpe del pedernal no salta muchas veces la chispa de fuego, que encienda la yesca; ni el hierro se dobla al primer martillazo, ni el carbón húmedo se enciende en el primer momento y el cariño nacido á primera y única vista no es tan intenso como el criado con conocimiento de causa y después de madurez y reflexión.

Dijimos en otro artículo que es necesario empaparnos bien, ir bien fundados, quedar muy desengañados y enterados de las verdades y de la necesidad de las resoluciones y que éste era ya un fruto importantísimo de la meditación: y ¿cómo conseguir todo esto si vamos á la ligera y superficialmente?

Nos sucederá lo que á los del campo, que encienden la hoguera con leña verde; se hace un poco de fuego, saca mucho humo y luego se apaga.

Seremos hombres-veletas, que no tendremos juicio propio y seremos de la última impresión que recibamos.

(1) Numer. XX, 11.

Como la locomotora de los trenes para arrastrar tanto wagón, se va caldeando poco á poco, así ha de hacerse con nuestra voluntad: primero se enciende, después se ilumina, se calienta gradualmente, se echa carbón y más carbón hasta que se produce por el vapor tal presión, que opera el arrastre y velocidad del tren y no hay *fuerza humana* que le detenga en su carrera.

El Real Profeta, canta también los beneficios de la luz intelectual en la meditación: «Revela oculos tuos, et considerabo mirabilia de lege tua. Laetabor ego super eloquia tua, sicut qui invenit spolia multa» (1). Y en el salmo 118, dice: «Beati qui scrutantur testimonia tua»; y en el versículo 6: «Tunc *non confundar*; cum *perspexero* in omnibus mandatis tuis», y en el versículo 7: «Confitebor tibi *in directione cordis*, in eo quod *dicisti* judicia justitiae tuae»; y en el versículo 16: «In justificationibus tuis *meditabor: non obliviscar sermones tuos*».

Y en el versículo 59: «Cogitavi vias meas: et converti pedes meos in testimonia tua»: Y en el versículo 135 exclama David: «Faciem tuam illumina super servum tuum; et doce me justificationes tuas»; y la razón de todo esto está en el versículo 144: «Intellectum da mihi et vivam», pues, «Lucerna pedibus meis verbum tuum et lumen semitis meis», que canta en el versículo 105 de este hermosísimo salmo 118.

Por esto, exclamaba en la meditación San Agustín: «Et noverim Te, et noverim me».

Y el Espíritu Santo enseña en los Proverbios (II, 6) «Dominus dat sapientiam, et ex ore ejus prudentiam, et scientia». Y el profeta Jeremías: «Desolatione desolata est omnis terra quia nullus est qui recogitet corde».

Además *lo ordinario* y *lo lógico* en las mociones de la gracia es por el procedimiento de *ilustraciones*, pues, el alma ser intelectual y espiritual, ¿cómo *va á moverse y ser movida* sino mediante la iluminación é ilustración divina?

(1) Psm. 118, v. 17 et 162.

¿Dónde irá la voluntad sin la guía del entendimiento? ¿Cómo se moverá la voluntad si el entendimiento está á oscuras? ¿Qué firmeza y estabilidad ni solidez en las resoluciones podrá tener la voluntad sin los fundamentos del entendimiento?

Recordemos, para evitar errores de teología Mística, que sólo hablamos aquí del modo *ordinario y natural* de meditar. Léanse los cap. XV y XVI, de Fr. Juan de los Angeles, en la obra «Triunfos del amor de Dios», donde se habla de «las divinas tinieblas á donde entra el alma, que camina por la vía afectiva», y se comprenderá la razón de ésta nuestra advertencia.

ARTÍCULO X.

CUATRO AVISOS, QUE NOS AYUDARÁN MUCHO PARA HACER BIEN LA MEDITACIÓN Y SACAR FRUTO DE ELLA

I

La meditación no es fin sino *mero medio* que ejercitamos para labrar nuestro aprovechamiento y perfección; luego no nos hemos de parar ni estacionar en la meditación como término y fin, pues, no consiste nuestra perfección en tener grandes consuelos, grandes dulzuras y contemplaciones, sino que radica en otra cosa: en alcanzar una perfecta mortificación y victoria universal de nosotros mismos, de nuestras pasiones, reduciendo nuestros apetitos á la perfección de aquel estado de justicia original, en que fuimos criados, viviendo en todo el cuerpo y toda el alma sujetos y conformes á la ley eterna y positiva de Dios.

De donde se deduce que el *calor y fuego de la devoción, los gustos y consolaciones del cielo*, que Dios otorga en la meditación, son, no para detenernos y recrearnos en ellos como término, sino medios, cariños paternales, escaleras, vehículos para que con mayor *eficacia*,

prontitud y ligereza corramos por el camino de la virtud, que necesitamos. Como el *fuego* en la fragua es *medio* para mejor labrar y doblar el duro hierro, así son las consolaciones para el alma en la meditación.

David en el salmo 118, versículo 32, confirma esta doctrina, cuando dice: «Viam mandatorum tuorum cucurri; cum dilatasti cor meum».

Aquel resplandor en el rostro de Moisés, á manera de cuernos, símbolo de la fortaleza de los animales, significa que de la meditación hemos de sacar *esfuerzo* y fortaleza para acometer contra el mal y obrar el bien. «Cum descenderet Moyses de monte Sinai, tenebat duas tabulas testimonii, et ignorabat quod *cornuta* esset facies sua ex *consortio sermonis Domini*» (1).

Según San Ambrosio, esta misma doctrina nos enseñó Jesucristo al acudir en la noche de su Pasión una, dos y tres veces á la oración; preparándose así para soportar tanta ignominia y trabajo: no porque tuviese de ello necesidad, sino para darnos á nosotros ejemplo.

El evangelista S. Lucas (XXII, 43) dice: «Apparuit autem illi Angelus de coelo, confortans eum. Et factus in agonia, prolixius orabat.»

Y tan confortado salió de la oración, que el fruto de ella fué decir á los discípulos: «Surgite, eamus; ecce appropinquavit qui me tradet» (2) «Levantaos y *salgamos* á recibir á nuestros enemigos.» «Et oblatu est, quia ipse voluit», dice Isaías (57, 7.)

Luego, según el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, hemos de tomar la meditación como medio y los consue- los y mociones y dulzuras é ilustraciones de la oración como medios para vencer mejor las dificultades, para ser santos y vencernos en aquel punto que ahora nos precisa.

Por esto, el Espíritu Santo dijo: «Scientia Sanctorum prudentia», porque la *prudencia* es, no para saber, sino para obrar en estas ó aquellas circunstancias: luego, toda

(1) Exod. XXXIV, 29. (2) —Matth. XXVI, 46.

ilustración, ciencia y consuelo de la meditación debe ser *prudencia*; obrar, trabajar, enmendarse en esto ó en aquello, adquirir tal ó cual grado de virtud etc.

I I

Así como cuando vamos á la meditación debemos llevar prevenidos los puntos que se han de considerar y rumiar, así también hemos de ir prevenidos para sacar el fruto determinado de la meditación, pues, la meditación es un remedio universal y eficaz para reformarnos y enmendarnos. La meditación es medicina que busca el pecador ó el tibio ó el santo; y así como el doliente, que va á casa del médico, sabe que está enfermo, y sabe lo que va á buscar en concreto, lo mismo nosotros en la meditación.

Por lo tanto, considere *cada uno consigo* mismo muy despacio, qué es lo que más le impide su aprovechamiento y lo que mas guerra hace á su alma, para insistir en ello y sacar fruto determinado de la oración: contra ese principal enemigo, que nos esclaviza, hay que enderezar los tiros: muerto el gigante Goliat, vencido se entregará el ejército filisteo.

Cuando uno va á la farmacia por medicina, no pide ni echa mano de lo primero que topa, sino sólo de lo que ha menester para su personal enfermedad.

El cliente ante su abogado no expone cualquiera cosa sino solo su pleito y duda y querella.

S. Efrén (in exhortatione ad religiosos, de armatura spirituali) hablando del ciego del Evangelio poñera cómo preguntándole Cristo, qué era lo que quería hiciese con él, en seguida é inmediatamente expuso *su mayor necesidad* y lo que *más* le atormentaba: «Domine, ut videam» (Marc. X, 51). Así nosotros en la meditación hemos de acudir á la mayor necesidad, insistiendo en ello hasta alcanzarlo.

N. b. Aunque unas materias sean más adecuadas que

otras para determinados afectos, no obstante, cualquiera materia piadosa puede ayudar á lo que uno ha menester, pues, la meditación es una fonda donde se guisan manjares de todas clases y es un maná del cielo, que sabe á cada uno á lo que quiere. Además, sabido es aquello de «quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur»

III

En la meditación hemos de tomar á pechos la cosa de que tengamos más necesidad y hemos de insistir en ella hasta alcanzarla, mediante el auxilio divino.

Para que conste paladinamente nuestro concepto, advertimos que no *siempre* ni *en todo tiempo* de la meditación nos hemos de actuar ordinariamente *en una sola cosa*, pues, aunque nuestra necesidad así lo requiera, podemos muy bien y con provecho ocuparnos en el ejercicio de *otras* virtudes. Los salmos, ¿qué son sino un canto de *diversos* afectos? La meditación, ¿qué es, según Casiano (Coll. 9, cap. 7) sino un ameno campo lleno de *diferentes flores* y *variados* colores y *múltiples* esencias aromáticas? Así lo insinúa el Génesis, cap. XXVII, 27: «Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus.»

¿Acaso la consolación ó el fervor ó la moción sobrenatural «est volentis vel cu rrentis? ¡¡Miserentis est Dei, Miserentis est Dei!!

Luego, como mendigos, hemos de recibir lo que nos den desde el cielo: así, si nos regala la liberalidad de Dios con un afecto intenso de dolor de los pecados, actuémonos en el aborrecimiento al pecado; si nos ilustra con su gracia sobre algún misterio y nos derrama á torrentes sus consuelos, humillémonos y démosle rendidas gracias; si se ofrece un acto de conformidad con la Divina Voluntad, hagamos actos de santa y absoluta conformidad, etc., etc.

Nuestra mente es, pues, que importa mucho para nuestro aprovechamiento espiritual tomar seriamente y con

ahinco por algunos meses ó años *una sola cosa* y ésta ha de ser la que más necesitemos, y que en la consecución de esta cosa insistamos *principalmente* en nuestra meditación y oración, actuándonos en esto una y otra vez, en un día y otro, en un mes y otro, y que esto sea nuestro principal desideratum, nuestro gran negocio, que llevemos entre manos, que lo traigamos siempre delante de los ojos y como atravesado en el corazón, hasta alcanzarlo, pues así se hacen los negocios en el mundo. Por esto suelen decir: «Dios me libre de hombre de un negocio.»

El Angélico Maestro (1) dice que el deseo tanto es mejor y más eficaz, cuando más se simplifique y reduzca á la unidad: «desiderium tanto est sanctius quanto magis ad unum restringitur, secundum illud Psalmi: «unam petii á Domino, hanc requiram.» Y después enseña que «prolixitas orationis consistit... in hoc quod affectus *continuetur ad unum desiderandum*» (2).

El que pretende poseer bien una ciencia ó arte, no aprende hoy una lección y mañana otra de materia ó arte distinto, sino que prosigue por algún tiempo una misma ciencia ó arte hasta salir bien instruido en ella: así, pues, debe insistir en lo mismo quien anhele conseguir bien una virtud, enderezando su meditación, el examen de conciencia, las comuniones y todos los actos y ejercicios de penitencia y devoción á alcanzarla, y no cejar hasta poseerla y practicarla *prompte, faciliter et delectabiliter*, pues de lo contrario no sería la virtud el «*bonus habitus* (seu bona qualitas) mentis, quo recte vivitur, quo nullus male utitur.»

Además, es doctrina del Angélico Doctor (1) que todas las virtudes morales están entre sí entrelazadas y tan íntimamente conexas y relacionadas, y tan fuertemente trabadas las unas con las otras, que quien tuviese bien y perfectamente una, las tendrá seguramente todas. S. Ambro-

(1) S. Thom. 2-2, q. 83, art. 14, arg. 2.—(2) Ibidem 2-2, q. 83, art. 14, ad 2 m.—(3) 1-2, q. 65, art. 1.

sio (super illud Lucae: Beati pauperes spiritu» etc.) enseña: «Connexae sibi sunt concatenataeque virtutes, ut qui unam habet, plures habere videatur.»

San Agustín (lib. 6, de Trinitate, cap. 4) dice: «virtutes, quae sunt in animo humano, nullo modo separantur ab invicem.»

San Gregorio (in 22 Moralium, cap. 1) afirma rotundamente: «*una* virtus sine aliis, aut omnino nulla est aut imperfecta.»

Y aun los paganos reconocieron esto mismo, pues, Cicerón (in 2 Tuscul. lib. 2) amonesta: «si *unam* virtutem confessus es te non habere, *nullam* necesse est te habiturum.»

La razón de tal compenetración y mutua coexistencia de las virtudes morales, la da el Angélico Santo Tomás. (vide 1.^a 2.^{ae} q. 65, art. I: utrum virtutes morales sint ad invicem conexas.) Y Ntro. Sr. Jesucristo recomendó esta insistencia en la meditación sobre una misma cosa, CUANDO, en la oración del Huerto, *no se contentó en hacer una vez* su petición al Padre Eterno, ni dos veces, sino que tornó «*eundem sermonem dicens*», á repetirle la misma plegaria (1). Y San Lucas (cap. XXII, v. 43) dice que á pesar de padecer agonías de muerte nuestro amable Redentor, oraba y más oraba, insistiendo sobre lo mismo: «et factus in agonia, *prolixius orabat*.»

De lo transcrito se deduce que insistir en la meditación sobre un mismo afecto y acto de la voluntad es lógico y necesario y muy cristiano. Así como quien da *otro* golpe á una rueda para que ande, ó da cuerda al reloj para que no pare y echa *otra* vez leña al horno para que arda, de igual manera nos hemos de conducir con nuestra voluntad para que se aficiona á practicar lo que más necesita. Si «*gutta cadendo, cavat lapidem*», y hasta las rocas del mar se deshacen al incesante empuje de las olas, ¿cómo no se

(1) Matth. XXVI, 44.

ha de doblegar nuestra voluntad á fuerza de insistir mucho sobre lo mismo?

¿Qué conducta observamos para quebrantar la voluntad de los demás? Importunarles, insistir hoy y mañana y sin darles un momento de reposo hasta conseguir nuestro intento.

¿Qué etiqueta se guarda en el mundo para *enamorarse*? *Insistir* sobre la misma pretensión, haciendo derroche de varios medios dirigidos todos incesantemente á un mismo ideal é interesando, á fuerza de requiebros amorosos, la voluntad de la deseada persona.

¿Qué conducta práctica se sigue con un enfermo inapetente? Ofrecemos una vianda exquisita, y la rechaza, ó come muy poco; por eso no desesperamos. Insistimos con delicadeza y fineza, y el enfermo... no puede acceder. Por eso, ¿cejaremos en la empresa de salvarle, mediante el procedimiento alimenticio? Todo, menos eso. Nos industrializamos para interesar *su voluntad* por medio de consideraciones, de ruegos, de *variedad* de manjares, diversidad de condimentación, etc.; y sin apercibirse el enfermo, ni extragar su gusto y valiéndonos de sus aficiones, conseguimos propinarle poco á poco, *pero con insistencia y perseverancia, una sola cosa*: el *alimento* necesario para la vida. Y hubiéramos apurado todos los resortes y combinaciones del arte culinario por conseguir *una sola decisión* del enfermo: el comer.

Aprendamos, pues, por analogía, á tratar en la meditación con insistencia y perseverancia á nuestra propia voluntad: los diversos puntos de la meditación son los platos, en que puede interesarse y aficionarse, y no desistamos hasta conseguir la victoria *definitiva*: finis coronat opus.

Hay también otro medio ó modo para perseverar en la oración sobre una misma cosa muchos días y años, que es descender á *casos* particulares. No nos hemos de contentar con sacar de la meditación un deseo ó propósito general de servir á Dios, ó aprovechar y ser perfectos en co-

mún, sino que hemos de descender en particular á aquello, en que más serviremos y agradaremos á Dios.

Ni tampoco hemos de contentarnos con sacar deseo de alguna virtud particular, v. g. de ser castos, obedientes, mortificados, etc., porque ese buen deseo de la virtud así en globo y en forma general, lo tienen aún los viciosos, pues, la virtud es en sí honrosa y llena de atractivo y utilidad en este y en el otro mundo la juzgan los impíos, y, por lo tanto, es fácil amarla y desearla en general y cada virtud en particular, pues ninguna es deshonrosa ni fea ante Dios ni ante los hombres.

Lo que urge y precisa es descender á *casos concretos*, circunstanciados, personalísimos. Los soldados, antes de la guerra se ejercitan en torneos, escaramuzas, maniobras, marchas forzadas, manejo de diferentes armas, etc.; así, pues, debemos nosotros descender á ser castos *hic et nunc*, hoy, en tal lugar, con tal persona, de aquella manera, evitando tal mirada, palabra ú ocasión; á ser mortificados hoy, no quejándose de los demás ni de los sufrimientos propios, aguantando la borrasca ó el mal tiempo ó los ardores del sol; á ser caritativos, dando tanto, perdonando tal injuria, estudiando mejor la lección, ilustrándonos más y más en las ciencias, atendiendo mejor al Cate-drático, tomando apuntes, etc., etc.

Casiano (Coll. 19, cap. 16), Plutarco y Séneca recomiendan este ejercicio de particularizar y detallar y circunstanciar los propósitos del alma.

Y los dos últimos filósofos enseñan que, para aliviar los trabajos, conviene ocuparse en casos concretos, pues así se prepara el ánimo á sufrir y «minus enim jacula feriunt, quae praevidentur», que escribe S. Gregorio (1). Prepárase el alma para lo más, y así no le extrañará ni hará mella lo menos. Por actuarse en este santo ejercicio, soportó Job con tanta magnanimidad de corazón tantos desastres:

(1) D. Gregor. hom. 35, super Evangelia,

«Quia timor, quem timebam evenit mihi, et quod verebat, accidit» (1).

¿De qué se quejará el marino, que consintió ya ser sepultado en el abismo de las aguas? El condenado á vil garrote, ¿no sobrellevará alegremente cadena perpetua? Y ¿qué será si no estás prevenido, al ofrecerse la ocasión? Y ¿no sabes que «hombre prevenido vale por dos»?

Como dice el V. Tomás de Kempis: «Si el que propone, falta muchas veces, ¿qué será del que tarde ó nunca propone?»

Y aunque os sintáis *dispuestos*, examinad bien si son imaginaciones y fuegos fatuos ó propósitos *condicionados*. Y aunque en realidad lleguéis á estar eficazmente resueltos, no te ilusiones por semejante disposición psicológica, pues, dentro de una misma obra caben infinitos grados de virtud, y la plenitud de la santidad y la heroicidad en una simple virtud es de muy pocos, «et nemo repente fit summus.»

De lo expuesto se colige que, durante años enteros, podemos estar meditando sobre una misma cosa, sobre una misma virtud particular, y no menos evidente es que los casos concretos pueden multiplicarse y combinarse con indefinida variedad; y mientras no estemos firmes sobre una virtud ó grado de la misma no es prudente pasar á otra virtud ó grado, pues, edificaríamos sobre arena.

IV

No consiste el fruto de la meditación en dulzuras y gustos sensibles, ni en discursos sutiles, sino en los actos de la *voluntad*, pues, á eso se endereza toda la meditación: a calentar y doblegar la voluntad. Y por más desconsolados que estemos, aunque estuviésemos más secos que un palo, más duros que una piedra y más fríos que el hielo, hagamos un *acto* adecuado y cristiano en la voluntad, y

(1) Job, III, 24.

en *nuestra mano* estará siempre el sacar fruto práctico de la meditación, mediante el auxilio divino: así como el *dolor* de los pecados no consiste en el *dolor sensible*, ni el pecado se perpetra por el *sentimiento*, de la misma manera el fruto de la meditación no consiste en eso, sino en *la voluntad*. En vez de un propósito, sacad dos, cumplidlos bien, y habéis triunfado en toda la línea, como triunfa el ejército, que al disparar, nota que la pólvora es mala, y acomete á la bayoneta al enemigo y se apodera del campo con más prontitud y gloria, como el que, al ser agredido injustamente, se defiende y derrota al agresor, y así le sucederá al pobre diablo el ir por lana y salir trasquilado.

Por lo tanto, cuando no sentís en la meditación aquella dulzura, aquella devoción y atención, aquella unión íntima que deseáis, ejercitaos en tener gran corazón, en mostrar prácticamente gran voluntad, pues Dios se satisface con esto, como lo enseña aquel ilustre dominico, arzobispo de Braga: (1) «Deus non minus voluntate, sanctoque desiderio laetatur, quam si tota anima Amore liquefacta plene Sibi jungeretur.»

Y según Blossio (cap. 2, mor. spirit.) esto mismo enseñó Dios á Santa Gertrudis.

Dios no necesita ni quiere vuestra satisfacción en los consuelos ni vuestra alta oración; sólo busca el corazón, cuya grandeza se gradúa según la *nobleza* é INTENSIDAD del deseo.

El afecto sensible, que de estos actos de la voluntad redundará á veces en la parte inferior y se saborea con dulzura, es un mero accidente de la devoción, el cual, según Sto. Tomás, que lo haya ó no lo haya, nada importa, ad substantiam charitatis.

Ejemplo de esto tenemos en la oración de Ntro. Sr. Jesucristo en el huerto de Getsemaní, donde tuvo la oración en sumo grado árida y seca, y llena de tedios, melancolías,

(1) Fr. Barthl. de Martyr. Arch. Brachorensis, Comp. Spirit. ct 16, fil. 250.

mortales desmayos, y, no obstante, fué la oración más devota y meritoria, que jamás se ha hecho en el mundo.

No sólo nos hemos de abstener y desligar de los deleites carnales, sino aún de los espirituales para ser perfectos; y no hemos de meditar y amar á Dios á *expensas* de consuelos divinos, sino á expensas propias; no hemos de estar siempre alimentándonos como niños con leche (1 Corinth. 3. 2.) sino hemos de vivir con manjares de hombres avezados á la lucha.

«¿Quem docebit scientiam? ¿Quem intelligere faciet auditum? Ablactatos á lacte, avulsos ab uberibus», que dice el Profeta.

Y como dijo Jesucristo á Sta. Gertrudis (1) «la mayor parte de las personas son tales, que si yo les diese sabor y consolaciones de espíritu, no serviría esto para su salud; y en lugar de aumentar su mérito, lo disminuiría mucho».

Otro medio de excitar la devoción verdadera es remitir nuestra voluntad seca á la época en que más enfervorizados vivíamos, ó conformarnos con la voluntad de Dios y unirnos á la intención de Jesucristo, diciendo v. gr. «Domine, in unione illius divinae intentionis, qua Ipse in terris laudes Deo persolvisti; hanc Tibi horam persolvo» (2) y decir desde lo íntimo del corazón:

«Pater, si vis, transfer calicem istum á me: verumtamen non mea voluntas, sed tua fiat» (3).

ARTÍCULO XI

MEDIOS PARA ESTAR CON ALGUNA MAYOR ATENCIÓN Y REVERENCIA EN LA MEDITACIÓN.

1.º Así como el que está ante un príncipe ó persona de ciencia, poder ó santidad, observa una conducta mesurada y digna, así debe hacerlo el que medita, pues habla con Dios y dialoga con el Altísimo, cuando ora. Así lo practi-

(1) Bloss. monit. spirit. Cap. 3. par. 3.—(2) Brev. Rom. oratio dicenda ante Divinum Officium.—(3) Luc. XXXII, 42.